

## FARSA LUNATICA

### ASESINATO A LA MADRUGADA

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

*El viejo tocadiscos suena en la repisa para tres hombres dentro de una celda.*

*Narices* — (*Fuera de sí*). Quiten eso, que me tiene loco... Hace dos horas que lo estoy oyendo...

*Osorno*. — ¿Y qué quieres que hagamos si no hay más disco que este? En algo hay que pasar la tarde...

*Narices*. — Pues la pasamos callados y san se acabó.

*Osorno*. — (*Hostilmente*). ¿Y si no me da la gana de quitar el disco?

*Narices*. — (*Perentorio*). Me da la gana a mí y con eso basta.

*Manuel*. — (*Conciliador*). Pues quitémoslo, hombre, y que no haya disgustos.

*Osorno*. — Pues quítalo tú, entonces, si es que te da miedo dejarlo... Yo no lo quito sencillamente porque no me da la gana...

*Narices*. — (*Insistente y malévol*). Pues lo quitás Osorno porque lo quitás.

*Osorno*. — ¿Y qué pasa si no lo quito?

*Narices*. (*Amenazante*). Yo no te digo sino una cosa, Osorno; cuando digo que no quiero más música, es que no quiero...

*Manuel*. (*Conciliador*). ¿Pero es que se han vuelto idiotas? Yo quito el disco y se acabó la función.

— II —

*Narices*. — (*Riendo*). Está bueno eso, Manuelito... Cualquiera que te oiga dirá que te tienen en esta cárcel por rezar el Rosario...

*Manuel*. (*Mansamente*). Pues no tanto como eso, compañero... Pero aunque no lo crea, yo soy un hombre manso y humilde corazón.

*Osorno.* —(*Burlón*). Debe ser por santo que te tienen aquí.

*Manuel.* —(*Amargamente*). Por santo no, claro está...

*Narices.* —(*Secamente*). Uno es como es, y no hay más que hablar.

*Osorno.* —Eso también es cierto.

*Manuel.* —Nací en un hogar de gentes sencillas... Mi madre era de una bondad, de una piedad extraordinaria hacia todas las criaturas. Recuerdo que al patio de nuestra casita de campo bajaban los pajaritos a picotear migajas...

*Narices.* —(*Irónico*). Muy bonito...

*Manuel.* —(*Como para sí*). A menudo los pajaritos incubaban sus pichones en las matas del jardín, sin que a nadie se le ocurriera molestarlos... Ni yo ni ninguno de los míos, en toda su vida, ha molestado al hombre ni a la bestia...

*Osorno.* —Yo siempre he creído que tú estás un poco chiflado.

*Manuel.* —Puede ser... Yo soy así. Con decirte que nunca he tenido valor para desnucar un pollo y que, en cuanto a los crueles placeres de la caza, nunca han existido para mí.

*Narices.* —(*Indulgente*). Bonito tipo.

*Manuel.* —No crean ustedes que lo digo por alabarme... Ni tampoco se imaginen que me enorgullezco de ser así, ya que tal es mi natural de hombre blando y pacífico... He sufrido por mis semejantes, por poco semejantes que ellos sean, y, lo que es más grave, he sufrido inútilmente, sin remediar gran cosa de sus duelos e infortunios. Me comprenden ustedes?

*Osorno.* —Por mi parte yo nunca te comprendo del todo.

*Narices.* —Hablas como en libro. Yo tampoco te comprendo pero me gusta oírte hablar en palabras bonitas.

*Manuel.* —(*Como para sí*). Cuando a veces iba con mi mujer al cine, ya de regreso a nuestra casa la presencia de un niño dormido en un alar, o el encuentro con un vagabundo, eran cosas que me producían viva congoja... Su recuerdo me hacía perder mucho del gusto de la cama limpia, de la alcoba tibia y de la mujer pulcra y acogedora... Y si es perfectamente cierto que mi pensar no aliviaba el frío del niño a la intemperie ni el hambre del vagabundo, no es menos verídico que aquella angustia cordial y humanitaria estaba caracterizada por la más verdadera espontaneidad.

*Osorno.* —(*Riendo*). Es la cosa más graciosa que he oído.

*Narices.* —(*Asperamente*). ¿Qué es lo que te parece gracioso, animal?

*Osorno.* —Todo eso que dice este hombre... Habla como en poesía.

*Narices.* —(*Con dignidad*). Porque es poeta, so imbécil... Continúa, Manuelito. Me gusta oírte hablar.

*Manuel.* —(*Emocionado*). Gracias, Narices... Como les digo, yo soy así... Por ejemplo en Navidad me hacen llorar los niños que no tienen juguetes. Me conmueve la musiquilla errabunda de los organillos callejeros... Me gustan las cosas bonitas e inofensivas de la vida... Ver los pecesitos en las peceras... Oír los becerros en los establos... Porque lo que pasa es que yo soy tierno, manso, fraternal e inefable.

*Osorno.* —Casi un santo.

*Narices.* —(*Pensativo*). ¿Y entonces? ¿Por qué diablos estás aquí?

*Manuel.* —(*Serenamente*). Porque una noche, mientras dormía, maté a un hombre.

*Osorno.* —¿Tú?

*Manuel.* —Sí, yo.

*Narices.* —¿Pero lo mataste en sueños?

*Manuel.* —En sueños, sí... El estaba en sueños... Dormíamos en la misma alcoba. Su cama estaba a cinco metros de mi cama de pesadilla...

*Osorno.* —¿Y qué hacía? ¿Por qué lo mataste?

*Manuel.* —Porque estaba loco... Aquel hombre roncaba aterradoramente.

— III —

*Osorno.* —Pero de modo, Manuel, que has sido capaz de matar a un hombre solamente porque roncaba? Y dices que nunca has sido capaz de matar un pollo siquiera...

*Manuel.* —(*Sombriamente*). Es que roncaba de un modo horrible, aterrador... Si yo les contara a ustedes lo que era aquello... Era obsesivo... Creo que no me comprenderían ustedes.

*Narices.* —¿Y por qué no íbamos a comprender?

*Manuel.* —Porque ni yo mismo lo comprendo... Sería necesario que les contara toda mi historia.

*Osorno.* —Francamente no se qué tenga que ver lo uno con lo otro.

*Narices.* —(*Secamente*). ¿Qué vas a saber tú. No estás viendo que Manuel es un hombre distinto, con letras y libros? Déjalo que cuente su historia.

*Osorno.* —Está bien, que la cuente.

*Manuel.* —(*Como para sí*). Después de la muerte de mi mujer, tuve una época verdaderamente infortunada... Durante los primeros días de viudez, habité en una buena casa de familia, con mi hijo Ricardo que acababa de cumplir siete años... Dormíamos en el mismo lecho, y yo era tristemente feliz de tenerlo allí, con su cabecita rubia, poder besarle y verle reposar confiado cerca a mi corazón.

*Narices.* —¿Y él era feliz contigo?

*Manuel.* —Sí. Los domingos por la mañana íbamos juntos al cementerio. Poníamos claveles en la rejilla de alambre colocada al pie de la lápida de mi mujer.

*Osorno.* —¿Y rezabas?

*Manuel.* —Rezábamos los dos, el niño y yo. Y paseábamos luego por entre los árboles, las flores y las tumbas.

*Narices.* —(*Divertido*). Eras, como quien dice, un viudo inconsolable, ¿no es así?

*Manuel.* —Eso creo... Me gustaba llevar el traje oscuro y la fajita de seda negra en la solapa... Encontrábamos de repente a esas hermosas mujeres enlutadas que uno suele ver en el cementerio y que luego no vuelve a ver en ninguna otra parte.

*Osorno.* —(Irónico). ¿Y qué gusto sacabas viéndolas?

*Manuel.* —No sé. Una cosa rara... Me gustaba que me vieran con mi hijo y que ellas pensaran que era un marido fiel.

*Narices.* —¿Y nunca hiciste amistad con esas mujeres bonitas?

*Manuel.* —Ah, no. Eso no. ¿Cómo iba a buscar amistades femeninas en el propio cementerio?

*Osorno.* —¿Y qué tiene de particular? El cementerio es un lugar como cualquiera otro.

*Manuel.* —(Gravemente). No. El cementerio es el cementerio. Yo no iba allí más que a encontrarme con mi mujer, no importaba que estuviese muerta.

*Narices.* —Lo que pasa es que te ibas volviendo loco. Tenías demasiadas cucarachas en la cabeza.

*Osorno.* —Eso creo. Debieras haber vuelto a casarte.

*Manuel.* —No tenía cómo. Había vendido los muebles al médico y las medicinas de mi mujer.

*Narices.* —Me figuro que ya sin muebles tendrías que dejar la casa.

*Manuel.* —Eso hice. Interné a Ricardo y volví a habitar un cuarto de pensión, como en años pretéritos cuando empezaba a trabajar como escribiente de una notaría... Me pasaba los días esperando el domingo para sacar a mi hijo del colegio. Era la ilusión de toda la semana.

*Osorno.* —Pobre hombre.

*Narices.* —Y pobre muchachito.

*Manuel.* —Como la situación se ponía más y más dura, resolví tomar un compañero de habitación para que pagáramos el gasto en compañía... Pero empecé a sentirme incómodo desde el día en que llegó con su catrecito de pino y su enorme tortuga amaestrada.

*Osorno.* —Un estorbo, al fin y al cabo. Claro que no lo digo por la tortuga.

*Narices.* —¿Y qué clase de hombre era?

*Manuel.* —Era un individuo como de cincuenta años, callado y apacible, que parecía querer ocupar muy poco sitio... La primera noche llegó temprano, se desnudó tímidamente y se puso su pijama de florecitas. Luego se arrebujo en su rincón y se quedó dormido. En ese preciso momento quedó sellada mi desventura.

*Osorno.* —¿Cómo así?

*Narices.* —¿Por qué?

*Manuel.* —Aquel hombre roncaba como un endemoniado... En las entrañas de la noche medrosa, su estrépito de pesadilla crecía sin medida... El silencioso sujeto que tan apocado e inocente me pareció cuando estaba despierto, ahora dormido se me convertía en un ser agresivo y diabólico.

*Osorno.* —Eso sí que no lo comprendo. ¿Qué tiene de rara una persona que ronca?

*Narices.* —Y sobre todo ¿por qué no lo despertabas?

*Manuel.* —(*Obsesionado*). No se despertaba. Yo lo llamaba con angustia: señor Mercado... señor Mercado...

*Osorno.* —¿Y qué?

*Manuel.* —El gruñía ligeramente. Se movía en la cama. Daba unos minutos de tregua y volvía a empezar... Era primero un gemidito gutural, levemente variado, como tocado en dos cuerdas destempladas... Luego venían unos trémolos hondos, intermitentes... Y por fin un ronquido de estertor que ponía espanto en todo mi ser.

*Narices.* —Horrible tipo.

*Manuel.* —Yo no lo podía evitar... Era un pavor antiguo, lejano, venido de no se qué abismos subconscientes... La alcoba tenebrosa se llenaba de fantasmas amenazantes que me parecía haber sentido alguna otra vez en mis años.

*Osorno.* —Lo dicho, Manuel. Te estabas trastornando el seso.

*Narices.* —Lo tenía trastornado. Mejor dicho, estaba loco como una cabra.

*Manuel.* —(*Sombriamente*). No sé... No sé... De niño tuve un tío que roncaba... Fue un hombre que me hizo sufrir mucho... Era brutal e irascible. Tenía un ojo bizco y yo lo odiaba y le temía... Hubo un tiempo en que me obligaron, a dormir en su cuarto. Hundía yo mi pavor entre las mantas y allá, entre la vigilia y el sueño, me perseguía su ronquido. No podía hablar ni llorar porque me hubieran castigado... La infelicidad y los horrores de esas noches envenenaron mi sensibilidad de niño.

*Osorno.* —¿Y te tuvieron mucho tiempo en esa tortura?

*Manuel.* —Terminó con la muerte de mi tío. Pero aún después de eso, su recuerdo perturbaba la calma de mi sueño... Claro que nunca más volví a dormir en aquella maldita habitación. Pero muchas veces, en cualquier parte donde durmiera, de pronto, en mitad de la noche, lo oía roncar y me despertaba dando alaridos.

*Narices.* —¿Y qué pasó al fin con tu compañero de cuarto?

*Osorno.* —Eso iba a preguntar yo. ¿Qué hubo al fin?

*Manuel.* —Que con mi compañero de cuarto revivieron para mí todas aquellas torturas de la infancia.

*Narices.* —¿Y por qué no le hablabas claramente o te deshacías de él?

*Manuel.* —Soy tímido como una criatura... Al día siguiente, a pesar de las airadas decisiones anteriores, no me atreví a decirle nada. Y por la noche, naturalmente, Mercado volvía a lo mismo.

*Osorno.* —¿Volvía a lo mismo?

*Manuel.* —Se ve que el pobre no lo podía evitar. Pedía perdón. Se retrepaba en las almohadas. Suspiraba con una especie de resignación. Y un minuto después reanudaba...

*Narices.* —(*Enérgicamente*). Bueno, pero es absurdo que un hombre tolere una cosa así.

*Manuel.* —Acabé por ponerme enfermo. Enfermo de verdad.

*Osorno.* —No era para menos.

*Manuel.* —(*Como alucinado*). Estoy seguro de que aquella noche me dio fiebre... Sí, no hay duda. Soñé con mi tío... Volví a tener diez años aterrados... La nariz del hermano de mi madre se alargaba hacia mí, convertida en pico amenazante... Aquel ser monstruoso tenía tan solo un enorme ojo iracundo clavado en la mitad de la frente... Luché... Me defendí con inaudita desesperación... Y cuando desperté, mis manos estaban agarrotadas, como las de un epiléptico, al cuello del señor Mercado.

— IV —

*Narices.* —(*Violentamente*). Otra vez el maldito disco. Vas a terminar por fin con esa canción idiota?

*Osorno.* —Es la única que tenemos.

*Narices.* —Quítalo de una vez si no quieres que te rompa ese disco en la cabeza.

*Osorno.* —Estoy seguro de que no te atreverías, Narices.

*Narices.* —¿Sabes por qué estoy aquí?

*Osorno.* —Claro que lo sé. Por haber matado a una inocente cajera de banco... No es una hazaña como para estar orgulloso.

*Narices.* —Olvidas que esa cajera tenía una pistola en la mano y me estaba apuntando al pecho... A pesar de todo yo "le madrugué" a ella.

*Osorno.* —(*Despectivamente*). Sigues siendo un simple matador de mujeres.

*Narices.* —Harías mejor en cerrar el pico... ¿Quitás ese disco o no?

*Osorno.* —No soy más que un simple salteador de caminos, pero no me asusta un matador de mujeres.

*Manuel.* —(*Conciliador*). Otra vez la misma discusión sin sentido... Callaos, por fin. Yo quitaré el disco. (*Lo quita. A distancia empieza a sonar largamente una campana*).

*Religiosa.* —(*Entrando*). ¿Qué pasa con ustedes, muchachos? ¿Es que no han oído la campana? ¿No la están oyendo?

*Narices.* —(*Entusiasmado*). La estamos oyendo, madre. Pero los tres esperábamos que usted misma vendría a buscarnos como nos lo había prometido.

*Religiosa.* —(*Jovialmente*). Por eso he venido. Pero tenéis que apuraros. La hora de visita será hoy más corta porque luego tendremos el ensayo general para nuestros coros navideños... ¿Vamos?

*Los hombres.* —(*En coro, alegremente*). Vamos, Madre...

*Religiosa.* —Bueno... Está bien... Se han marchado alegremente... Son como niños... Me imagino, hermanos, que debéis sentirnos un tanto desconcertados... Habéis escuchado a los tres personajes más conocidos de este apacible asilo para desequilibrados mentales. Ellos mismos habrán querido convenceros de que son unos criminales monstruosos... Fantasías

suyas, nada más... Os lo digo yo que soy la Madre Directora de la casa y que llevo ya varios años de conocerlos... Habréis oído que Manuel revive su obsesión de haber asesinado a un hombre que roncaba. Es su manía... La verdad es que tiene esposa e hijo y que ambos lo esperan en este momento detrás de la reja de las visitas... Su caso no es muy grave. Ya lo ha dicho el doctor Noreña... Pronto estará bueno y tiene derecho a ser feliz... En cuanto al gruñón Narices y su compañero Osorno, no son más que dos muchachos un poco trastrocados que ya empiezan a mejorar... Ahora están ya lo bastante buenos para ser, como son, las dos mejores voces que tengo en mi coro... Ya los escucharéis en la cercana Navidad, que acaso traiga para ellos luz en la mente y paz en el corazón.